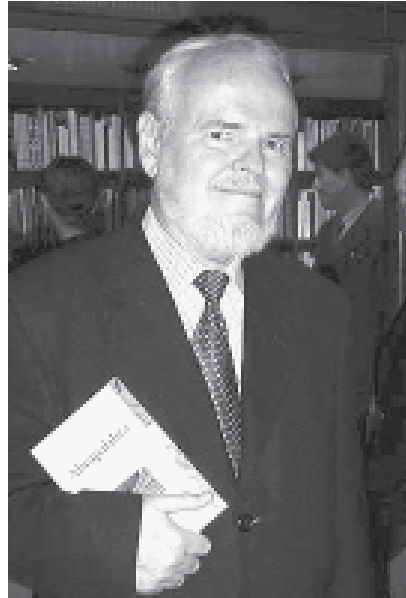


IV Simposio Internacional de Literatura “De viajeros y destinos”



➤ Dossier ➤

Literatura de viajes



Luis Britto García
Venezuela

1

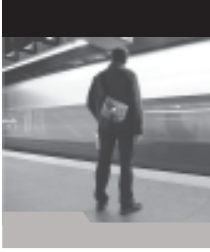
Literatura de viajes es una de las pocas redundancias felices. La lectura es peregrinación desde la letra inicial hasta la final, y la propia oración es travesía de la cual sale modificado, enaltecido o aniquilado el sujeto que la inicia. El lector cumple la paradoja perfecta del viajero inmóvil. Al igual que el

trashumante, algo se modifica en él, y al final de su periplo deviene, como el viejo marino de Coleridge, un hombre más triste y más sabio. Viajamos para conocer el mundo; si somos afortunados apenas llegaremos a conocernos un poco más nosotros mismos.

2

Viaje, imagen de la vida, del crecimiento, de la transmutación.

En la página en blanco y en el camino intentamos resolver las antinomias entre inmovilidad y cambio, conocido y desconocido, esclavitud y liberación, pertenencia y aislamiento, Yo y Otros, azar y necesidad, Paraíso Perdido y Tierra Prometida. Quien viaja rompe vínculos, se exilia. Ulises enfrenta cada día una muerte distinta, mientras Penélope viaja cada día del principio al fin de una tela siempre idéntica. No hay partida que no arroje duda sobre el regreso. Por lo mismo que ambiciona, el viajero renuncia. Morir, dormir acaso, dice Hamlet. Partir, quizá soñar. Toda religión es un viaje imaginario a partir del último instante. Lo único que diferencia el viaje de la muerte es la posibilidad del retorno. Pero aquél que partió ha muerto, así como aquello a lo que regresa.



3

¿Existe en verdad una disyunción entre el viajar tangible y el fantaseado? Por real que sea un viaje, se lo emprende en alas de lo imaginario. Somos una especie trashumante: dedicamos nuestros primeros millones de años a la recolección, la caza, la pesca; sólo nuestro hermano Caín nos sembró en la tierra y nos convirtió en sedentarios y por tanto en soñadores. Así como los hombres se dividen entre aristotélicos y platónicos, también se separan entre estacionarios o errabundos. El Ser no tiene otras raíces que las imaginarias. Por ello, las primeras errancias cuyo recuerdo se conserva son todas fantaseadas. Desde la epopeya de *Gilgamesh* a la *Odisea*, desde el Éxodo al Viaje al Oriente, desde el *Ramayana* hasta el *Mahabharata*, desde los periplos de Simbad hasta las travesías de San Brandán, las traslaciones eran peregrinantes, delirios cuya remotez posibilitaba tomarlos como fidedignos. Con el empequeñecimiento del mundo por la conquista o el comercio, el nuevo trashumante es a la vez viajero y autor y sus testimonios capitulan ante una que otra realidad. El *Anábasis* es casi verídico; el Millón de Marco Polo casi nunca, y sin embargo debemos a su ilusorio Catay la realidad de América y la circunnavegación del globo.

4

Todo viaje es un progreso que se desarrolla paralelamente en lo exterior y lo interior. La más perfecta forma de travesía es el viaje iniciático, que han cumplido millones hacia La Meca, Santiago de Compostela, Jerusalén o París, y que literariamente cumplen Mahoma a horcajadas de Borak, los protagonistas de la *Divina comedia*, del Pilgrim's Progress, de la *Muerte de*

En la página en blanco y en el camino intentamos resolver las antinomias entre inmovilidad y cambio, conocido y desconocido, esclavitud y liberación, pertenencia y aislamiento, Yo y Otros, azar y necesidad, Paraíso Perdido y Tierra Prometida. Quien viaja rompe vínculos, se exilia.

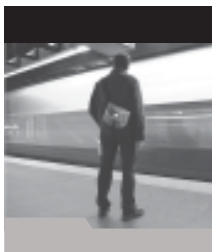
Arturo o de las *Aventuras de Arthur Gordon Pym*. El Quijote que deserta de un lugar de la Mancha corta voluntariamente vínculos con la realidad, de la cual no quiere acordarse. En vano tropezará con ella a cada paso de Rocinante; el delirio transforma todo, salvo su lugar natal, al que regresará descalabrado como Alonso Quijano. Nadie es caballero andante en su tierra. Sólo la ajena comarca desata la lengua del memorialista o del profeta. Viaje que no culmina en una Revelación es perdido.

5

Si todo lo percedero es un símbolo, también lo será lo impercedero. Podemos intentar una emblemática de los parajes por los cuales se traslada el vagamundo. Los mandalas son la escritura bidimensional de un modelo del universo en dimensiones infinitas. Las ruedas de la vida, el compendio de las incontables reencarnaciones. La catedral es una narrativa sólida que se recorre; no en balde su piso con tanta frecuencia reitera el tema del laberinto. Los jardines del Renacimiento, el parque de Bomarzo, son la escritura tridimensional de una narrativa hermética, la Hipnerotomaquia Poliphili, alegoría del amor profano escondida tras la búsqueda del amor divino que dará lugar, entre otras ramificaciones, a Romeo y Julieta y los luminosos jardines de Versalles.

6

Asimismo podemos traducir los accidentes geográficos de la literatura de viajes a significados alegóricos. Sabemos ya que el río es el tiempo; que remontarlo es la imposible vuelta al origen y descender por él la final fusión con la mar, que es morir, o el alma, por su profundidad impenetrable y sus incontrolables borrascas. El desierto, es la ascesis; la llanura, la niveladora igualdad; la montaña, la difícil ascensión hacia la pureza: la selva, la proliferación pecaminosa de la vida y sus asechanzas, el pantano, el vicio estancado y absorbente; el prado, el reposo amable. Las vastedades desiertas que estremecen al romántico o al naturalista son Dios, todavía libre de las falsedades que sobre él acumula la veneración de sus criaturas. Martín Fierro, Arturo Cova o Marcos Vargas se internan a la vez en la vastedad americana y en la devoradora inocencia de la naturaleza anterior al pecado. No hay detalle topográfico que Freud no asimile a otro erótico. Nada de extraño tienen entonces los mapas en los cuales cartógrafos sentimentales trazaron itinerarios de la pasión, como el del País de La Ternura en la *Clélia*, de Madeleine de Scudéry (1654), con su Mar Peligroso, su Lago de la Indiferencia, sus ciudades de la Maledicencia, de la Sensibilidad, de la Constancia. No en balde en impercedero párrafo comparó La Rochefocauld el fin del amor con el término de un viaje.



Si el viajero es imagen del viaje, el camino es imagen del viajero. Cuando el chamán vaga por otros mundos, se traslada dentro de su propio cuerpo.

7

Si el viajero es imagen del viaje, el camino es imagen del viajero. Cuando el chamán vaga por otros mundos, se traslada dentro de su propio cuerpo. Alicia cae al País de las Maravillas por un túnel húmedo para flotar en un mar interno de líquido, amniótico o lacrimal. Sandokan vaga por un interminable dédalo subterráneo en *El laberinto infernal*, de Salgari. Es la misma operación que cumplen los espeleólogos del *Viaje al centro de la tierra*, de Julio Verne. Entrando por la boca del volcán Scartaris, son tragados por cavernas contorcidas como entrañas hasta mares internos que pueden ser de líquidos digestivos o de sangre, para ser expulsados entre gases y materias cálidas por otro cráter en erupción en Italia. Toda una narrativa prelude o remeda esta travesía endoscópica, como el *Voyage de Nicolas Klimius dans le monde subterrain*, de Louis de Holberg (1788), o el *Pellucidar* de Edgar Rice Burroughs, o los infiernos matemáticos del interior de una computadora o un cerebro de los filmes animados *Tron* y *Reboots*.

8

El viajero imaginario intenta resolver el mismo problema que le plantea el real: el de si todos los sitios son iguales y el mundo por tanto es absoluto, o si todos los sitios son diferentes y el mundo por tanto es relativo. La interrogante inquiera además si es relativo o absoluto el ser humano. Montesquieu, en *Las cartas persas*, nos revela que nada es más parisino que la corte del Gran Sultán en Turquía o viceversa. Voltaire en sus *Cartas inglesas*, predica la abominación de trasladar Londres a París, aunque en *Micromegas* nos advierte que debemos ser tan humildes y considerarnos tan ignorantes como los gigantes dotados de cien sentidos que viajan en la cabellera de los cometas. Pero así como un periplo nos exilia del amable confín de lo conocido para amenazarnos con los pavores de lo ignoto, puede revelarnos los riesgos de lo cotidiano. Cada uno de los parajes de *Gargantúa y Pantagruel*, incluso la utopía libertaria de *La Abadía de Telesma*,

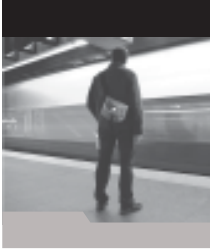
son refutaciones o demostraciones de los asertos de Rabelais; el planeta *Solaris* de Stanislav Lem, al igual que nuestra mente, corporeiza recuerdos e ideas hasta el extremo de hacer dudar de la realidad material. No en balde está punteada de cíclopes la ruta de Ulises, de aves Rock la de Simbad, de aviesos enanos y benévolos gigantes la de Jonathan Swift. El viaje fracasado, vale decir, aquél del cual se regresa, tiene el efecto perverso de hacernos ver lo cotidiano como incomprensible.

9

Todo viaje es trayecto a los suburbios del ser. No debemos despreciar los paseos a los arrabales de la literatura, zonas marginales donde no imperan preceptivas ni leyes. En las romerías a otros planetas o de otros planetas al nuestro nos encontramos sin mayor sorpresa a nosotros mismos. Cyrano de Bergerac nos traslada a un Sol en el cual las viajeras son las ciudades y no sus habitantes. H.G. Wells nos lleva a la luna para pasearnos por un hormiguero de seres llegados al último extremo de la especialización, que al igual que los burócratas cumple cada uno con una función y solamente con ella. Sus marcianos son seres llegados al pináculo de la evolución civilizada, en los cuales la enorme cabeza pensante ha reducido el cuerpo a una decena de tentáculos que fungen de manos y a un pico con el cual succiona el alimento digerido por sus víctimas. El viajero en el tiempo se adentra en un futuro que parece al principio de infantil decadencia y es al fin de explotación devoradora, para luego seguir hasta el umbral de la muerte del sol, o de la propia. Se nos predica que el viaje en el tiempo es una paradoja imposible, cuando la única paradoja es el tiempo, la mutación, vale decir, el viaje.

10

También nos encontramos con uniforme predecibilidad a nosotros mismos en los viajes fantásticos. Como a Ulises, nos atraen cantos de sirenas y nos animalizan hechiceras. Los científicos de la isla volante de Laputa, que visten trajes geométricos e inventan lenguajes que consisten en mostrar los objetos, son los mismos académicos que pululan en nuestras universidades. Robinson no saca mayor utilidad de su exilio que confirmarse colonialista y esclavista. El peor monstruo que encuentra el capitán Nemo tras veinte mil millas de viaje submarino es la flota imperialista sin bandera que destruyó su país. *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*, no son más que doctrinaria ejemplificación del idealismo de Borges. Los alucinantes cosmos del *Hacedor de estrellas*, de Olaf Stapledon son, puntualmente, nuestros triviales errores magnificados a talla inconmensurable.



11

Así como hay individuos fundados sobre un viaje, hay países constituidos por la relación de un Éxodo. El Descubrimiento de América, que resulta de la fantasía de Marco Polo, y su Conquista, que se alimenta del delirio de El Dorado, paradójicamente sujetan la literatura de viajes al trivial pragmatismo de instructivos para el apoderamiento del mundo. Colón confunde el Delta del Orinoco con el Paraíso y Walter Raleigh las fuentes del Caroní con Manoa, pero sólo como señuelos de una literatura promocional que predica la conquista, la colonización y la inversión provechosa en los dominios ultramarinos. Sobre cada uno de estos textos se construyen imperios. España en expansión escribe la crónica de Indias, Inglaterra predatoria las errabundas parábolas de Daniel Defoe, de Jonathan Swift, de Robert Louis Stevenson.

12

El mito central de Estados Unidos parte de dos viajes: uno fundacional, el del Mayflower, y otro expansivo, la infatigable acometida hacia los territorios ajenos que llamaron fronteras. Casi no hay obra maestra estadounidense que no narre una trashumancia. Desde *Moby Dick* hasta *Huckleberry Finn*, desde *Hojas de hierba* hasta *Arthur Gordon Pym*; desde *On the road* hasta *The movable feast*, intentan todas escapar de una frontera o de un destino que se cierra. Y sin embargo, en algún momento las marchas occidentales acompañadas de aparatosas fanfarrias de carga dudan de sí mismas. Si Ridder Haggard, Rudyard Kipling, Jack London, Joseph Conrad en sus primeros textos parecen complacerse por la intrépida

La modernidad inaugura otro avatar del viaje. No es ya el peregrino quien va a ser asombrado por la vastedad del mundo. Es el mundo el que debe quedar atónito ante la inagotable exhibición de los utensilios mediante los cuales el civilizado afirma su irresistible ascensión al dominio del planeta.

penetración del civilizado en las vastedades, en sus narrativas maduras arrojan una atroz duda sobre la conveniencia de perturbar al pagano, que Kipling apostrofa como «medio demonio y medio niño». Pero el niño Kim aprende del Lama el vértigo de la visión de la totalidad, sin poder enseñarle ninguna de sus estratagemas de espía. El demonio Kurtz se extingue en el corazón de las tinieblas sin haber podido iluminarlas ni iluminarse; el capitán Spender, de *Crónicas marcianas*, vuela al planeta rojo y muere transmutado en marciano. Quien viaja para convertir al otro, termina convertido en él.

13

La modernidad inaugura otro avatar del viaje. No es ya el peregrino quien va a ser asombrado por la vastedad del mundo. Es el mundo el que debe quedar atónito ante la inagotable exhibición de los utensilios mediante los cuales el civilizado afirma su irresistible ascensión al dominio del planeta. Encerrado en el útero del Nautilus, surcando los aires en la cabina del Albatros, circundando la luna en el proyectil disparado por el Columbiad, pasando de vehículo en vehículo para completar la vuelta al mundo en ochenta días, el viajero mide, pesa, cataloga, registra un mundo sometido a la avasalladora conquista del progreso. Construir la máquina es hacer el viaje, cuya finalidad última es anular la diferencia entre el punto de partida y la meta.

14

El viaje que amo es el más cómodo que inventó jamás la errancia. Para abrir una página o escribir no se exigen visas; no hay que luchar por reservaciones ni cargar equipajes ni estar con tres horas de anticipación en el aeropuerto ni llenar formularios sin sentido, ni hacer cola tras cola. Tampoco es necesario ser tratado como criminal en revisiones inútiles ni pagar impuestos de salida ni entrada ni soportar aviones que nunca llegan ni salen a la hora. Y si el viaje resulta aburrido, basta cerrar el libro, abrir la imaginación, y regresar sólo si nos da la gana. **BU**